

DR. ALFONSO ASENJO

MEXICO, HERNAN CORTES Y EL
HOSPITAL DE JESUS

MÉXICO

EL DOMINGO 17 de abril, terminaba la Semana Santa; muy temprano caminé por el Paseo de la Reforma, la histórica calle Tacuba; y llegué a la monumental Plaza del Zócalo. La ciudad aún estaba casi desierta, pues todo el mundo había aprovechado los días de fiesta para ir al campo, a la montaña o a la costa, en un prelude de las futuras vacaciones de verano. Era una mañana fresca, primaveral, diáfana, y mientras deambulaba por esa imponente área, centro cívico de México, venía a mi mente la abigarrada y rica historia de este pueblo. Acababa de visitar el Bajío, donde la Dra. María Cristina García Sancho y su esposo tienen su rancho. Y ahí desfilaron ante mí, junto al incomparable calor de fraterna e inolvidable amistad, el México del remoto pasado con toda sus tradiciones, Juárez el reformador, el de Maximiliano con la tragedia de Querétaro, Irapuato y sus riquezas, el artístico y pleno de colorido San Miguel de Allende, enmarcado en las montañas, la bulliciosa parada de "los pájaros", y la posada de Belén.

Ya conocía el Museo Nacional. Las numerosas culturas que han existido en este país: la maya, con su palenque y escritura jeroglífica; la mixteca y su polícroma cerámica; la teotihuacana, y la zapoteca con sus urnas. Sabía que esta Plaza del Zócalo había sido el señorío de la vida religiosa de la ciudad de Tenochtitlán o Temixtitán. Sobre el gran santuario o Teocalli, dedicado al Dios Huitzilopochtli o Huichilobos u Ochilobus como lo llamó Cortés, se levantaba hoy una catedral barroca. Pensaba que desde hace miles y miles de años los

grupos humanos han tenido "creencias". Acaso esto es inherente al desarrollo de este mamífero superior.

Cada época, ha aceptado una concepción metafísica de lo ignoto, rodeada de ceremonias, ritos y liturgia. Los que las practican siempre consideran legítimas las propias. Las otras son espúreas y perseguidas. Y por supuesto que, para todo hombre tolerante, todas son respetables. En este sitio habían vivido los mexica o aztecas, que constituían una rama de la familia nahuatl, que hacia el año 1090 salió de la parte norte en son de conquista. Y fue aquí, en 1325, donde fundaron su capital, de acuerdo con el oráculo de Huitzilopochtli, es decir, en el islote Tlalcocomulco donde habían encontrado el águila sobre un nopal y devorando una serpiente.

La religión desempeñaba un papel político por medio de su culta y poderosa casta sacerdotal. Eran los encargados de entrenar en todo aspecto a los ciudadanos desde su niñez. Los nobles y los sacerdotes se educaban en colegios especiales, los *calmecac*; y el pueblo en los colegios comunes, los *tepuchcalli*. Era una sociedad teocrática de partido único. No había necesidad de hacer esfuerzos para conquistar el poder temporal.

Realizaban los aztecas sacrificios humanos y ofrecían el corazón de la víctima tendida en el "techcatl", que extraían aún palpitante, como un homenaje a Dios. Las religiones europeas y del medio oriente hacía ya siglos que habían dejado este hábito.

Se ha dicho que eran caníbales. Para algunos no es así. El sacrificado, lanzado por una escalera era ya divino. Como en muchas religiones la identificación, *la comunión* con el Dios, se hacía integrándolo al cuerpo por la deglución. Parece que lo que pasaba era que parte de los restos se distribuía en pequeños pedazos que se los comían los sacerdotes, los allegados a la casta religiosa, miembros de la familia y amigos.

Era una raza de guerreros, luchadores, conquistadores, hábiles artesanos, estudiosos y artistas. Tenían dominados en un vasallaje odioso y terrible a todas las tribus de los alrededores. Consideraban a los astros, a quienes adoraban como el sol, la Luna, Venus, etc., guerreando constantemente. Sus fiestas religiosas eran solemnes y la más importante de todas, que se

celebraba cada 52 años, era la del Fuego Nuevo. Cada 52 años se renovaba la existencia de la tierra, si no perecía en esa fecha.

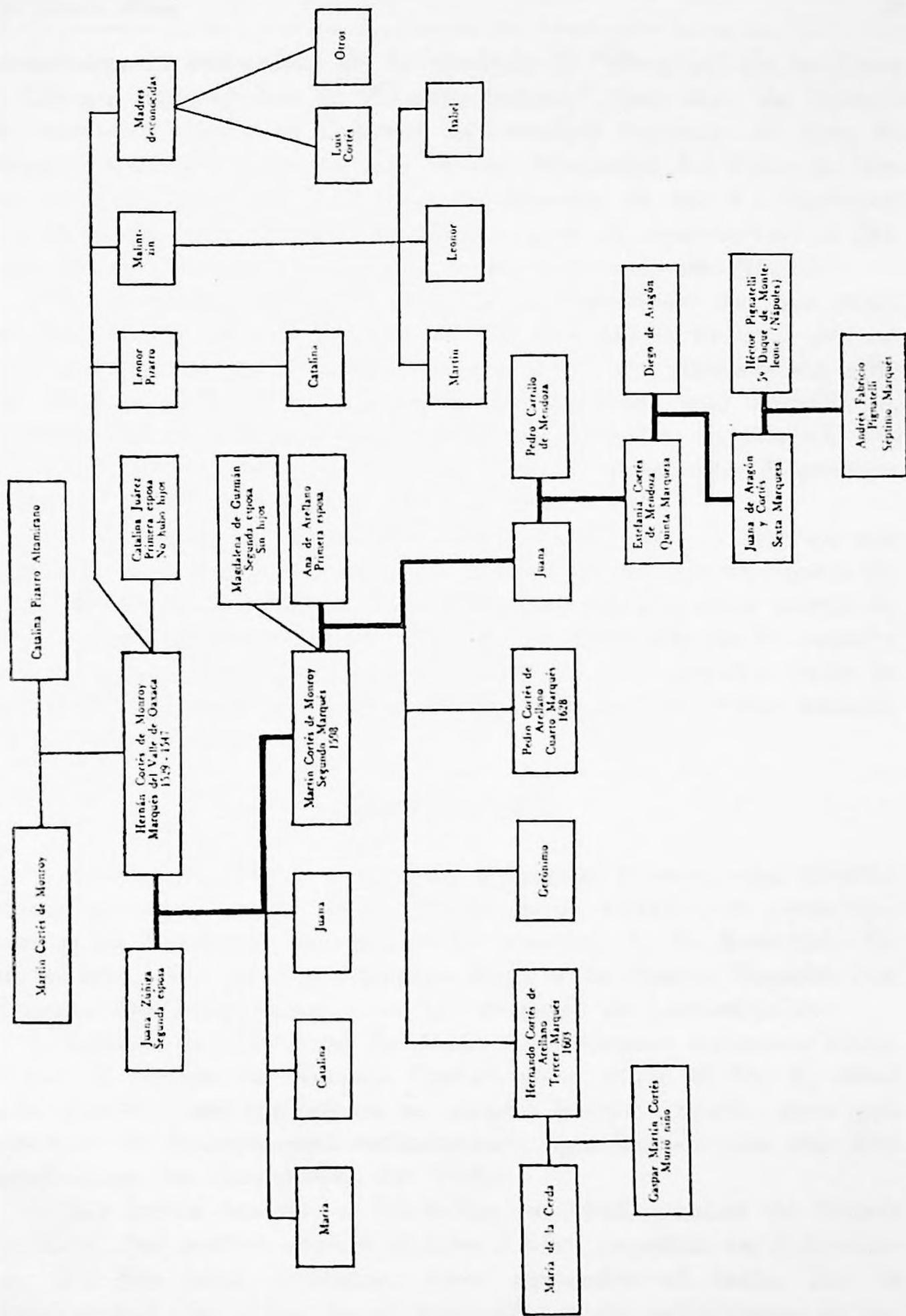
Por los códices, valiosos documentos, muchos precolombinos, que nos hablan de historia, costumbres, ciencia y arte, que se encuentran en el Museo Nacional y en otros museos extranjeros, escritos por los "tlacutlos", vemos que ellos tenían órdenes militares como los Caballeros del Aguila, los Caballeros de los Tigres, y que su sociedad estaba dividida en clase sacerdotal, guerrera, noble, los comerciantes, trabajadores y los esclavos. Había dos calendarios: uno solar, de 365 días, y otro sagrado de 260 días. El año estaba compuesto de 18 meses de 20 días cada uno. Tenían un código de moral estricto y entre los delitos penados estaban la traición, la embriaguez, el hurto, el adulterio.

Por esta Plaza del Zócalo pasaban algunos de los numerosos canales repletos de canoas; similares se desplazan hoy en Xochimilco. En un rincón de la calle Guatemala con Argentina, frente a la catedral había apreciado ya los restos del Templo Mayor. Su arquitectura, tal como lo relata Cortés en sus cartas-relación, era magnífica. Se llegaba a la piedra del sacrificio y a los vasos "cuanhaicallis", donde se depositaban los corazones y la sangre, por 124 escalones que, en su visita oficial, Cortés subió a pie, para demostrar pujanza "ni yo ni los que conmigo vienen nos cansamos en cosa ninguna". Las casas se separaban del exterior por cortinajes. Los techos eran por dentro planos, por arriba oblicuos, en general estaban llenas de tapices y frescos de hermosos coloridos. De ahí partía el mercado Tianguizco. Según Cortés, era tan bullicioso que el ulular humano se oía a varias leguas de distancia. Ahí también, en esta Plaza del Zócalo, se desarrollaba la vida artística, política e intelectual. Aquí mismo, fue recibido un día Don Fernando o Hernán Cortés por Moctezuma, quien salió a esperarlo adornado con plumas, oro y piedrería, mirando al suelo con la angustia y el temor que aterrorizaba su espíritu, y fue a presentarse, ante el que creyó el Dios, de que hablaba su mitología.

Cuatro cuadras más allá, hacia el sur, en lo que es hoy la calle República del Salvador, Cortés se había establecido con su cuartel general. Fue el sitio donde iba a fundar, apenas



Hernán Cortés



terminara la conquista de la ciudad, el "Hospital de la Pura y Limpia Concepción de Nuestra Señora", hoy día "de Jesús". Al norte se erguía la Colonia, la catedral barroca. Al este, la antigua Casa de Moneda, hoy Museo Nacional. La Casa de Gobierno con el conocido fresco de Rivera, al sur la Suprema Corte de Justicia, la Municipalidad, más al septentrión el Ministerio de Educación con los famosos frescos de Orozco.

Toda la plaza, todas las piedras me hablaban de una justa en que chocaron dos formas de vida. Triunfó la que era en esos momentos algo más humana, la que tenía siquiera un atisbo de fraternidad, la que empleaba métodos más científicos, y éstos fueron los que le infundieron audacia, seguridad, valentía, fuerza y vigor a los autores de la conquista. Representaban el ansia de 15 siglos de una vida nueva.

Por la amplia y espléndida Avenida 20 de Noviembre me dirigí al viejo hospital y a su iglesia. Los visité. Me di cuenta de que dentro de sus muros se había desarrollado gran parte de la historia médica y cultural de México. Días más tarde, cuando conocí con mayor detalle a Mextitlán, pude apreciar todo lo que significó este nosocomio desde el punto de vista asistencial y científico.

HERNÁN CORTÉS

La corona española y con las primeras huestes que atravesaron la mar océano desde Maese Juan (1492), se preocupó con gran detención del problema médico de la América. Ya en el año 1524, el Dr. Olivares llegó a la Nueva España con licencia del Emperador, con la categoría de protomédico.

Al hablar del Hospital de Jesús no podemos tampoco abandonar la figura de Hernán Cortés, pues para él fue la obra más querida que realizó en su amada Nueva España, sino que también su decurso está íntimamente relacionado con sus descendientes, los marqueses del Valle.

Cortés había nacido en Medellín en 1485, pueblo de Extremadura. Sus padres eran hidalgos e hizo estudios en Salamanca. No fue muy brillante, pero aprendió el latín. En la Universidad, las aulas, los cosmógrafos y sus estudiantes se en-

tusiasmaban y enardecían su imaginación con las noticias de los nuevos descubrimientos. Tuvo una juventud llena de aventuras en España e Italia. Como dice muy bien un cronista: "era muy aficionado a juegos de naipes e de dados e cuando jugaba era muy afable en el juego y decía ciertos remoquetes que suelen decir los que juegan a los dados. Y era con demasiada dado a mujeres e celoso en guardar sus indias".

Voy a dar a conocer el árbol genealógico de Cortés. En él se ve cómo a principios del siglo XVII esa descendencia, por falta de tronco legítimo en varones, en gran parte dejó de estar en España y pasó a Italia donde ha permanecido hasta hoy día.

El cuarto marqués de Oaxaca, Pedro Cortés de Arellano, ya no tuvo hijos. La heredera fue su sobrina Estefanía Cortés de Mendoza, quinta marquesa del Valle. La hija, Ana de Aragón y Cortés, la sexta marquesa del Valle, casó con Héctor Pignatelli, quinto duque de Monteleone, familia italiana.

Desde este punto de vista "familia", la personalidad de Cortés era sumamente interesante. En esa época la barraganía era algo peculiar del pueblo español, pero él, como vemos, tanto en su testamento, como en sus acciones, hizo poca diferencia entre los hijos bastardos, a quienes reconoció y protegió, y los legítimos.

Ya durante su estada en Cuba tuvo en una india, una hija bastarda a quien puso el nombre de su madre, Catalina Pizarro. Ahí también casó por vez primera.

Armó una flota para ir al Continente por encargo de su compadre Velásquez, a la sazón Gobernador en Cuba. Velásquez conocía tan bien sus debilidades femeninas, que en las directivas que entregó a Cortés en su párrafo segundo, dice: "En este viaje podéis servir a Dios Nuestro Señor y no consentiréis ningún pecado público así como amancebados públicamente ni que ninguno de los cristianos de vuestra Compañía haya acceso ni coito carnal con ninguna mujer fuera de ley, etc."

El 2 de febrero de 1519 partió Cortés a México. Uno de los 7 barcos iba a cargo de Pedro de Albarado y entre los tripulantes se encontraba Bernal Díaz del Castillo. Este muchacho,

ojo de la historia y atalaya del futuro, tuvo conciencia de que era actor de epopeyas importantes que iban a constituir los puntales de un futuro. A él le debemos los relatos interesantísimos sobre este acto de conquista. Han sido pocos los varones de la historia y especialmente los de la conquista de América, que se dieron cuenta de que pergeñaban trascendentales hechos históricos. Tal vez uno de ellos fue Pedro de Valdivia; el otro, Bernal Díaz. En cambio la gran mayoría trajeron a América las costumbres, la ideología, la vida de intriguillas, mezquindades, supersticiones que tenían en los pequeños pueblos extremeños o castellanos de donde eran oriundos. A muchos los cegó el ansia del poder y también la velocidad con que querían solucionar sus problemas económicos, delirando por riquezas. Pero a pesar de las discrepancias mantuvieron una humildad obsecuente y una disciplina a toda prueba frente a su Rey. Lo mismo que se sintieron adalides de su fe, luchando con valor inigualado y cerrado fanatismo por imponer su religión. Debemos reconocer que, a pesar de los esfuerzos que hicieron ambos poderes para evitar la inicua explotación del autóctono, los conquistadores encontraron, poco más o menos como en la época actual, los medios para violar las leyes humanas y las normas espirituales. En este sentido al Papa Pablo III, Alejandro Farnesio, amante de las artes y las letras, fino y magnífico exponente del Renacimiento, que tuvo la pena de ver muerto asesinado a su hijo amado Pietro Luigi, le corresponde la gloria de haber permitido, por la Bula Sublimis, que los indios pudieran recibir sacramentos y hacerlos seres racionales; tenían la calidad de hombres, que se había discutido desde siglos y negado por Juan López de Palacios Rubio a instancias de Fernando el Católico.

Bernal Díaz hizo una pintura de Cortés; dijo: "Era de buena estatura de cuerpo, bien proporcionado e membrudo, e la color de la cara tiraba algo a cenicienta y no muy alegre e si tuviera el rostro más largo mejor le pareciera". Más adelante agrega: "en todo lo que mostraba ansi en su presencia como en pláticas e conversación o en comer, en el vestir, en todo daba señales de gran señor".

Atravesó el Caribe, de inmediato desahució a su protector

Velásquez y al mes, el 12 de marzo de 1519 fondeó en Tabasco. Requirió a los indios en nombre del Rey. Se alió con las tribus que sufrían la dominación mexicana. Recibió a Embajadores y al propio hermano de "Mutezuma" que habían venido a tratar con los temidos "Teules". De inmediato fundó Veracruz y partió hacia el interior.

El 26 de julio de 1519 se produjo un acontecimiento de gran importancia. Alonso Hernández Puertocarrero dejó a la Malintzin o Malinche, bautizada Doña Marina, y esta bella hembra y hábil mujer que había aprendido el castellano, llegó a ser "fembra placentera" de Cortés. A él mismo lo llamaban Malinche. Era originaria de Putunchan. Con ella tuvo un hijo y dos hijas, que desempeñaron en el futuro gran papel, uno de los cuales, Don Martín, fue Comendador de la Orden de Santiago.

Entró a Tlaxcala. Aquí, en gesto de caridad cristiana, Cortés destruyó las "caponeras", es decir esas jaulas donde se mantenían a los efebos cebándolos para que después fueran al techcatl.

En el mes de Quecholli, mes del sacrificio de doncellas como homenaje al amor, mes dedicado a los afeminados y también a los amantes y que corresponde a nuestro noviembre, el 8 de noviembre de 1519, entró Cortés a Tenochtitlán. Para los aztecas, error que significó su conquista, era el propio Dios Quetzacoatl, quien reaparecía. Este Dios, representado por la serpiente emplumada, según el ritual tuvo vida efectiva, construyó templos, bibliotecas, realizó guerras de *conquistas*. Según Laurette Séjourné, tenía "su imagen la misma fuerza de evocación que el crucifijo para la Cristiandad".

Se puso en contacto con el temeroso Moctezuma o Mutezuma. Doscientos señores mexicanos salieron a recibirlo a través de una ancha, recta y regia avenida que tenía dos tercios de legua, al lado de la cual existían "muy buenas y grandes casas, así de aposentamientos como de mezquitas". Presidía esta procesión el Emperador Moctezuma, vestido regiamente, con zapatillas de oro, esplendoroso atuendo, bajo un palio hecho de plumas de colores en que dominaba el verde del Quetzal, y recamado de rica joyería, al lado dos señores y una procesión

de cortesanos con pies desnudos marchaban al ritmo de acompañada música de tamboriles y chirimías. Nadie osaba mirarlo a la cara. Los cortesanos seguían lentamente en estricto ritual. Moctezuma venía sentado en andas sobre una litera llevada por algunos miembros de la Corte. En los momentos en que se acercó a Cortés, antes de descender pusieron alfombras en el suelo. Bajó con gran prestancia y señorío. Cortés quiso saludarlo y echarle los brazos encima, y de inmediato los acompañantes se avalanzaron sobre él para no permitir que come- y hablaremos”.

Moctezuma lo recibió con un largo y hermoso discurso que terminaba así: “Habéis salido de entre las nubes y las nieblas, lugar a todos escondido. Esto es por cierto lo que dejaron dicho los reyes que pasaron; que habíades de volver a reinar en estos reinos y que habíades de sentaros en vuestro trono y en vuestra silla. Ahora veo que es verdad lo que nos dejaron dicho pues estáis en vuestra naturaleza y holgad en vuestra casa y descansad del trabajo del camino y guerras que habéis tenido. Yo me voy a otras casas donde vivo. Aquí seréis proveído de todas las cosas necesarias para vos y vuestra gente. Cortés se dirigió a Doña Marina y le dijo: “Decidle a Moctezuma que se consuele, que huelgue y no haya temor, que yo le quiero mucho y todos los que conmigo vienen. De nadie recibirá daño. Hemos recibido gran contento en verle y conocerle, lo cual hemos deseado muchos días ha y se ha cumplido nuestro deseo. Hemos venido a su casa, México, despacio nos veremos vación general.

Pero Cortés quiso precipitar estas conversaciones. Comenzó rápidamente a inmiscuirse en lo político y económico, sin embargo Moctezuma siempre mantuvo una resistencia frente a las indicaciones religiosas, resistencia que Cortés la consideró mala señal. Decidió entonces apoderarse del Emperador, lo que provocó a éste gran desazón, angustia y también se sintió humillado. Como último recurso, Moctezuma dijo un día a Cortés: “Señor Malinche, ya que eso queréis, sea. Yo tengo un hijo y dos hijas legítimas. Tomadlos en rehenes y a mí no me hagáis esta afrenta”. Ya Cortés estaba adquiriendo todo el poder cuando se supo que Pánfilo Narváez, enviado por Ve-

lásquez, venía a atacar y a apresar al sublevado traicionero. Salió, lo derrotó cerca de Veracruz, y volvió triunfador a México; pero se dio cuenta, que en su ausencia, su lugarteniente Albarado había hecho inútil matanza, lo que acarreó la suble-tiera tal desacato.

Cortés estaba aislado. Ya el pueblo no obedecía a Moctezuma, quien fue muerto de una pedrada.

El 30 de junio se produjo la "noche triste". Como dice en su tercera carta-relación "de la ciudad de Temixtitán nos habían echado por fuerza della". La sucesión de Moctezuma cayó en manos de Guauhtemoc, Aguila de los Nahuac, o Guatemocin, quien había dado la orden de lanzar la pedrada mortal al entregado Emperador. Guauhtemoc se defendió valientemente. De junio a agosto del año 1520 Cortés realizó nuevos e infructuosos ataques y nuevamente tuvo que retirarse. Pasan los meses, sólo el 13 de agosto de 1521, después de misa y comunión, logró entrar nuevamente a México bajo montañas de cadáveres, incendio y destrucción. Desde antiguo muchas órdenes e instrumentos de matanza han sido aprobados por los dioses.

Estas fechas tienen gran importancia para fijar la fundación de la obra por la cual más cariño sintió Cortés, "el Hospital de la Pura y Limpia Concepción de Nuestra Señora". Quizás la realizó para calmar en parte los sobresaltos y alivianar la conciencia frente a los asesinatos, deslealtades y depredaciones que realizó antes de conquistar este imperio. Cortés era un realizador y de inmediato comenzó a reconstruir la ciudad. En una de sus larguísimas cartas-relación escribió a Carlos V: "La dicha ciudad de Tenochtitlán se va arreglando. Está muy hermosa y crea V. M. que cada día se irá ennobleciendo de tal manera, que como antes fue principal y señora de todas estas provincias, lo será también de aquí en adelante".

Para celebrar la victoria dio un magnífico banquete con vinos venidos de Castilla y puercos que le trajeron de Cuba. Su casa la construyó en Coyoacán. Partió a España en 1528 con gran corte y riquezas. No casó con una de las hermanas Mendoza, poderosas en la corte española, sino que con Juana

de Zúñiga de la casa del Duque de Béjar. Este desaire de amor le costó el virreinato, sin embargo cuando en 1530 se embarcó de nuevo a México ya era marqués del Valle. Esto es lo que él quería. En una de sus cartas dice: "Yo tengo por mejor ser rico de fama, que de bienes". Desembarcó en Veracruz, hizo su palacio en Cuernavaca, tuvo hijos y 10 años después de agitada vida partió nuevamente a España. Deambuló de oficina en oficina haciendo presentación a la Corte, desvaneciéndose intrigas, luchando por su gloria y para que le reconocieran todo lo que le habían ofrecido. Viejo, agotado, desilusionado y triste testó y dos meses más tarde, en diciembre de 1547, murió. Casi siete años se habían deslizado ante la indiferencia ambiente.

Es interesante copiar algunos párrafos de este testamento. En él se ve el amor por la tierra americana, pues especifica: "Que sus huesos deben ser llevados a la Nueva España, y si fuera posible que los lleven a mi villa de Coyoacán". Después vienen una serie de ítem que se refieren a su obra predilecta, el Hospital. El 9º, por ejemplo, dice: "Mando que la obra del Hospital de Nuestra Señora de la Concepción, que yo mandé hacer en la ciudad de México, en la Nueva España, se acabe a mi costa según y de la manera que está trazado, y la capilla mayor de la iglesia de él se acabe conforme a la muestra de madera que está hecha e hizo Pedro Vásquez Jumetrico, o a la traza que diere el escultor que yo envié a la Nueva España este presente año de 1547, y para los gastos de la obra del dicho hospital señalo especialmente la renta de las tiendas y casas que yo tengo en la dicha ciudad de Méjico, en la plaza y calles de Tacuba y San Francisco, y la que atraviesa la una a la otra". Y más adelante agrega: "pero quiero y es mi voluntad que se gaste a disposición y orden del dicho mi sucesor, como patrón del dicho hospital y que, después de acabada la obra, del conforme a las dichas trazas, se gaste la dicha renta de las dichas tiendas y casas en las obras y dotaciones que deyuso será declarado". Deja también para el usufructo del hospital tierras en los alrededores de la ciudad de México, las pertenencias del marquesado, etc.

EL HOSPITAL DE JESÚS

¿Cuál fue el camino que siguió este hospital en vida de él, durante la Colonia y hasta hoy?

Como dijimos, el Gobierno de España dio importancia especial a los problemas médicos durante toda la conquista y la colonia. Las fuerzas invasoras, ya sean por mar o tierra, siempre contaron con un representante de la Medicina. Junto con el protomédico, Dr. Olivares, vinieron varios otros. Hay, además, un hecho muy importante; permitió que ejercieran la profesión los indios que habían estudiado en el Colegio de Tlaltelolco y que fueran bautizados.

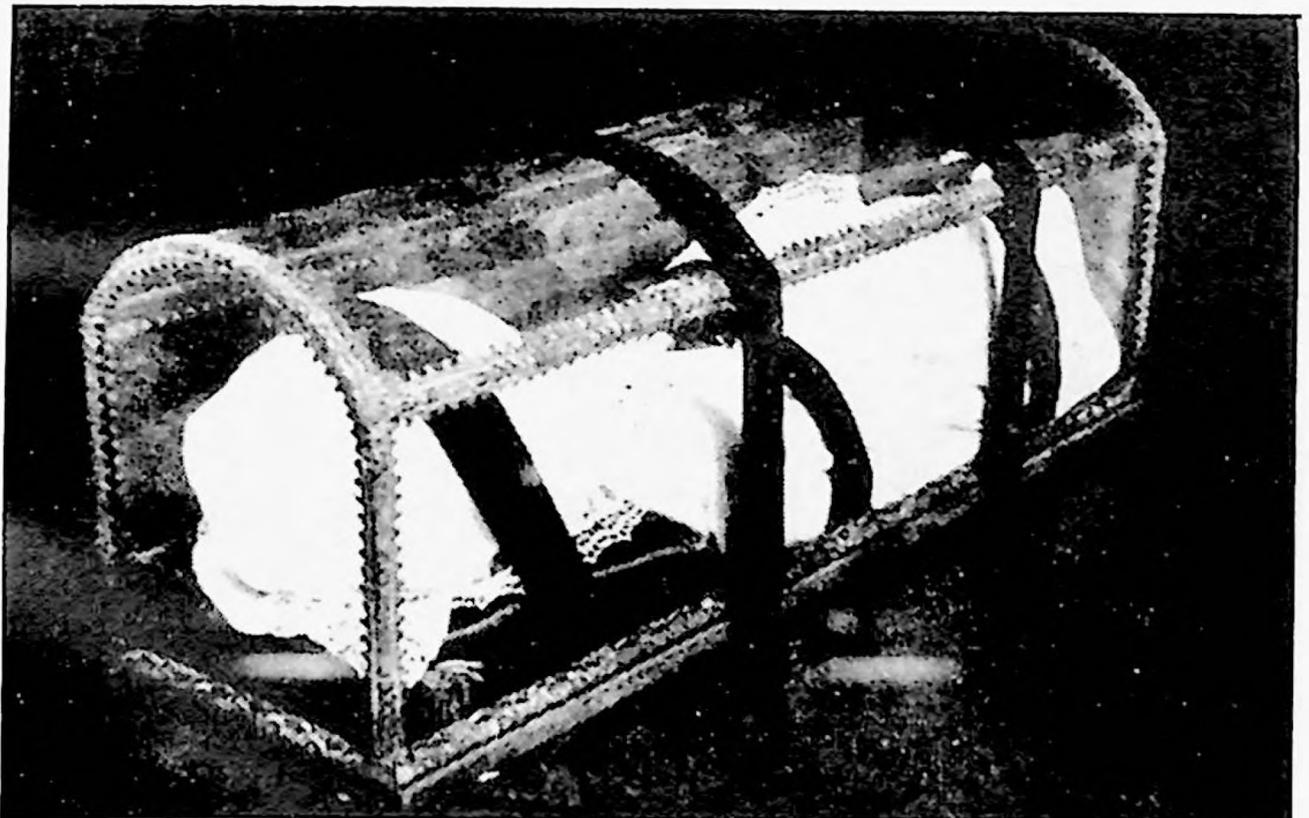
El pueblo español también se preocupaba del bienestar del cuerpo, y así el padre de Hernán Cortés, Don Martín, envió a México una botica completa "la mejor, la más cumplida y abastecida de medicinas nuevas que en Sevilla se pudo hallar, y con ella un boticario muy suficiente para que la trate y tenga a su cargo".

La medicina de los aztecas estaba bastante desarrollada y los médicos estaban divididos en los dedicados a la medicina, *tamatepatliticiti*, y los cirujanos, *toxoxotlatictli*. Existían también los sangradores o *Texcani*; los herbolarios o *paipanipanamacani*; los boticarios o *panamacini* y además las parteras o *tlatmatqui*. Los sacerdotes *tepoxtlatos* enseñaban medicina a estudiantes o *momaxtlis*. Como en toda la medicina primitiva, los conocimientos quirúrgicos fueron bastantes desarrollados y se trataban los hundimientos craneanos, fracturas y luxaciones. Sus cuchillos de obsidiana eran de agudísimo filo. También ayudaban en los partos.

La parte médica se curaba en general con hierbas y según relata Cortés, había calles que estaban dedicadas a los negocios de los herbolarios en los cuales se vendían plantas medicinales y raíces. Además usaban las pomadas y los ungüentos. Tenían hierbas para toda clase de afecciones, desde las hemiplejías, las hemorragias, las paperas, purgantes, sudoríficos, febrífugos, etc., Zarzaparrilla en el asma, el *quamochitl* para los bronquios, el jugo de tuna en las afecciones hepáticas. Co-



Restos de frescos en el artesanado



Urna de Hernán Cortés que guarda sus restos en la Iglesia de Jesús



Patio del Hospital

nocían la nicotina —pocietlpatl, la mariguana, el estramonio, etc., fueron a incrementar el arsenal hispano. Muchos dioses ayudaban a la curación, el principal era Quetzalcoatl, su hermano Xolotl influía en los abortos, Ixtilton en los niños, Tláloe estaba dedicado a la hidropesía, Amimitl a las disenterías.

Por supuesto que en el nuevo hospital ya no se hicieron los actos de magia ni se rindió tampoco culto especial a los dioses que entre los aztecas vigilaban la salud, sino que fue una mezcla de ascendiente europeo y autóctono.

Entre los santos, tal como lo cita la señora Sodi de Pallares, los más conocidos eran; San Hugo, el abogado de la frenesía, desvarío o del delirio; Santa Gertrudis, que trataba el mal del corazón y la gota coral; San Pedro y San Sévalo para la perlesía y el tullimiento; los tres Reyes Magos para la tiricia; los Santos Cosmes y Damián contra las venas marofaicas; Santa Teresa de Jesús, abogada contra los pujos; Santa Luvina que se recomendaba contra la retención irregular de los meses; al gran Papa San Clemente se le destinó para ayudar a los enfermos de las fuentes; y el arcángel San Gabriel que fue el abogado contra las úlceras de las partes genitales.

En este hospital hubo una integración de prácticas médicas y religiosas entre la medicina indígena que aportó gran parte de la terapéutica y la medicina cristiana. Al principio el hospital fue fundado por Cortés nada más que para atender a los españoles, poco tiempo después el criollo y los indios pudieron ser tratados en él.

La primera epidemia que llegó a Nueva España la trajo un negro que venía en la expedición de Pánfilo de Narváez en el año 1520, fue la viruela, que hizo grandes estragos en la población indígena. Llamada cocolixtli, y constituyó la preocupación médica de la Colonia.

Se ha discutido la fecha exacta de la fundación del hospital, no así el sitio en que se instaló. Algunos dicen que lo fundó Cortés en su primera entrada a México. Esto no parece imposible, pero otros le han querido negar esta iniciativa. Ya en el libro inicial del Cabildo en 1523 se da a conocer que este hospital ha sido fundado. En el primer trazado de esta nueva ciudad que hizo Alfonso García Bravo, dejó establecido el solar

en que se construiría el Hospital de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora. Estuvo situado donde los españoles tenían el fuerte para luchar contra el imperio mexicano. De ahí se desprende que es un hecho que el hospital fue fundado en 1522, a pesar de que algunos dan la fecha de 1526. Sin embargo, hay documentos fehacientes de que Cortés nombró a Fray Bartolomé de Olmedo en 1523 como el primer responsable de esta obra pía. Aún hoy ocupa el mismo solar.

Existen los documentos del geómetra Pedro Vásquez, que contienen los planos y los dibujos de la arquitectura tanto del hospital como la del templo que estaba a su lado, fechados en el año 1528.

Las relaciones del marquesado con el hospital a través de la historia se iniciaron con las cédulas reales otorgadas por Carlos V y además con la Bula del Papa Clemente VII, quien dio al conquistador y a todos sus descendientes el título de Administradores Perpetuos del hospital. Estas y otras garantías de todo orden hasta cobro de diezmos que obtuvo Hernán Cortés en esa Bula, después de que el Papa quedó impresionado por los grandes hechos que había realizado Cortés en bien de la fe católica, fueron los motivos de la separación del Emperador de España y el novel marqués. El marqués obtuvo la Bula a disgusto del Emperador, y con ella llegó a ser tanto o más poderoso que los reyes españoles en tierra mexicana, sus famosas y ricas pertenencias del valle de Oaxaca así lo establecían. La Bula apareció en el mismo año en que se le confirió el título de Marqués del Valle. El marquesado dio a Cortés el privilegio de que pudiera tener no sólo el señorío que se extendía a 22 villas y a 23 mil vasallos, esclavos, enormes extensiones de terreno y numerosas propiedades en diferentes pueblos, sino que también el derecho para dictar una legislación especial con ordenanzas ad-hoc para su Estado, el de administrar justicia y cobrar cábalas e impuestos.

Mientras hubo unión entre Carlos V y Hernán Cortés, el financiamiento del hospital no constituyó problema, pues las entradas del marquesado eran enormes. Sin embargo, cuando Carlos V se dio cuenta de la magnitud de las concesiones que se le habían hecho a Cortés, no quiso acatarlas y comenzó en-

tonces a tratar de recortar todas las regalías concedidas por él y el Santo Padre.

A Cortés también pertenecía la zona del Istmo de Tehuantepec. Cuando la devolvió al Virreinato, pues era indispensable para la salida al mar, el marquesado renunció a los derechos sobre el Istmo, pero obtuvo por ello un censo perpetuo.

Para manejar los territorios del marquesado los descendientes de Cortés formaron una junta que se componía del Juez Privativo Conservador, el Gobernador del Estado de Oaxaca, labor específica de éstos era preocuparse del hospital, el Contador, abogados de cámara, los administradores, etc. Para evitar muchos abusos la corona española dictaminó, que si bien es cierto la familia de Cortés tenía derecho a dar su aprobación a los nombramientos de "jueces privativos", casi la más alta autoridad del "valle", ellos debían ser escogidos dentro de la jurisprudencia del Virreynato, los "togados". Estos detalles nos hacen comprender, cuán preocupada estuvo la corona española durante siglos del tener que soportar un Estado dentro de otro Estado.

De todas estas vicisitudes sufrió el Hospital de Jesús a través de los años.

Así como Cortés era superlativo en el amor y en los placeres mundanos, también lo fue en sus construcciones. Y actualmente, cuando visitamos el hospital vemos la grandiosidad con que lo concibió. Quedan algunos recuerdos del viejo hospital en los artesonados, y algunos restos de frescos de la época.

Los patios son hermosos, sus columnas ágiles y esbeltas. A través de los siglos el hospital se ha ido modificando, pero existen todavía del tiempo colonial amplios patios, corredores, fuentes y sus monumentales escaleras. Es triste que parte del hospital con el ensanchamiento de la nueva Avenida Juárez, haya desaparecido. Aún se ven restos de artesonado de estilo Renacimiento, en que se aprecia la riqueza del sillar.

A mediados del siglo xvii se construyó la iglesia que debía estar al lado del hospital y se trasladó la modesta capilla, que existía antes, al nuevo templo monumental. Durante los problemas religiosos que se desarrollaron en México en la tercera

década del presente siglo, el patronato del hospital tuvo que hacerse cargo de muchas joyas valiosas que existían en cuadros y elementos litúrgicos. Muchos de ellos de gran valor plástico. Actualmente la sobria iglesia está en plena reparación. Hace más o menos 20 años una parte del cielo raso fue entregada al artista Orozco, quien pintó un hermosísimo fresco que, a pesar de su calidad artística, hace anacrónico y violento contrastar con el estilo de ella.

La incertidumbre que tuvo Cortés en vida se manifestó también después de muerto. Y es interesante dar a conocer las vicisitudes que ha tenido la tumba de Cortés hasta ser descubierta en 1946 dentro del templo de Jesús.

Muerto Don Pedro Cortés, último descendiente varón del conquistador, los restos de Don Hernán fueron traídos al templo de San Francisco de México desde Taxcoco de acuerdo con el deseo manifestado en su testamento, y se colocaron al lado de los de Don Pedro. Quedaron ahí hasta fines del siglo XVIII en que al marqués del Valle de Oaxaca, duque de Terranova y Monteleone, se le insinuó la idea de hacer un monumento a su antepasado. El monumento de jaspe y tecali se construyó en el Templo de Jesús. Con gran pompa fue trasladado nuevamente el conquistador.

Durante la Independencia Nacional y por odio a todo lo que representara a España, el monumento fue destruido. El busto de Cortés, lo mismo que el escudo del marquesado hechos en bronce, fueron enviados a Palermo en donde vivía el duque de Terranova y Monteleone y marqués del Valle. Sin embargo, parece que los duques no tenían gran interés en conservar documentos en relación con la vida de Cortés, ya que vivían en otro país, y perdieron el documento que envió Lucas Alaman, el representante en México de ellos, y donde se establecía que después de la destrucción los restos de Cortés se habían guardado en un nicho escondido en una pared del templo. Una copia de este documento fue descubierto en la Embajada de España en México y se lo dieron a conocer al actual patrono del hospital, Dr. Benjamín Trillo. El Ministro Torres Bordet, Secretario de Educación Pública, dio permiso entonces para hacer la búsqueda respectiva. Se abrió la muralla, y el 28 de

noviembre de 1946 se encontraron los restos de Cortés en una urna con los papeles que la autentizan.

El hospital, que primitivamente se llamó "De la Pura y Limpia Concepción de María", cambió de nombre según una leyenda que dice así: "Una india, Doña Petronila, vio en sueños a Jesús y la imagen de Cristo la perseguía durante todo el día. Petronila Jerónimo mandó llamar a escultores para que esculpieran esta imagen de acuerdo con las instrucciones que ella daba. Pero nadie fue capaz de ello, hasta que golpearon a su puerta una serie de inditos que eran escultores maravillosos y que, según la leyenda, fueron querubines, serafines, tronos y potestades divinas, ángeles y arcángeles. Ellos en una noche terminaron su obra. La india guardó la imagen durante un tiempo, después la regaló al hospital dando a conocer el origen de ellas, y desde entonces el hospital agregó a su nombre primitivo "y de Jesús Nazareno". Con el tiempo pasó a ser el "Hospital de Jesús".

Caído en desgracia el duque de Monteleone y marqués del Valle ante la Casa de Borbón, pues aceptó ser Embajador de Murat en París mientras Napoleón invadía a España, Fernando VII intervino el marquesado y el mayorazgo constituido por Cortés.

Este fue el primer acto legal en que el hospital pasó a ser una institución de derecho público.

Durante la Independencia, el Imperio y la Reforma se le fue quitando poder al Patronato Perpetuo de los descendientes de Hernán Cortés, y las ventajas económicas de carácter obligatorio (diezmos, etc.) desaparecieron. Sin embargo, los duques de Monteleone y Pignatelli lograron defenderlo de las leyes de nacionalización del tiempo de la Reforma. El Justicia Mayor del marquesado desapareció y sus funciones fueron entregadas a un administrador que era escogido por la familia. En este siglo Don José Pignatelli y Aragón Cortés, romano, se preocupó del hospital y quiso ayudarlo y mejorar sus finanzas. Para ello envió en 1926 con un poder general a su hijo Antonio Pignatelli, quien se hizo cargo de la administración de él. En un equivocado concepto consideró el joven Antonio que el hospital era algo personal y comenzó a vender a destajo los

documentos históricos y parte de la valiosa habilitación, muchos de los cuales fueron entregados a la biblioteca de Washington, que pagó buenas sumas de dinero. Por suerte Don José se dio cuenta de esto y desautorizó a su hijo. Además, dada su calidad de súbdito italiano, renunció a seguir manteniendo el Patronato y se lo entregó a la H. Junta de Beneficencia Privada de México.

Se nombró Patronato al Dr. Benjamín Trillo por suerte para el futuro del hospital, quien lo mantiene desde hace 30 años hasta ahora.

Actualmente en el Hospital de Jesús nosotros no sólo nos maravillamos de todo el ancestro que ahí se encierra, de sus columnas magníficas, de sus patios evocadores, de las fuentes, artesonados y mamposterías de la época colonial, sino que también de la espléndida dirección de él, que ha hecho que pueda tener rentas casi perpetuas con la realización de una política económica adecuada. Se ha construido un magnífico hospital moderno, con 200 camas para enfermos indigentes, otras para los de recursos económicos modestos y además un hermoso edificio para enfermos privados. El nuevo hospital cuenta con todos los adelantos de la medicina en materia de instrumental, equipo y habilitación. Ahí trabajan los médicos más prestigiosos de México, y tiene además dotación para hacer la enseñanza en todos sus aspectos.

Como dijimos, el hospital desempeñó siempre un gran papel en la enseñanza de la Medicina y en el ejercicio de ella. Seguramente Pedro López, el primer médico graduado en México, y el profesor Juan de la Fuente, hicieron ahí su práctica en el siglo XVI. En este hospital a mediados del siglo XVII se realizaron las primeras disecciones en la Real y Pontificia Universidad de México. Ahí trabajaron los anatomistas y cirujanos Montaña, de la Vega, Armendáriz. El protomedicato ejerció sus funciones en él, lo mismo que el Real Colegio de Cirugía, y de aquí salió la primera revista médica en habla hispana "el Mercurio Volante". El estudiantado asistió aquí a las clases de prima y de vísperas. Han traspasado sus umbrales, deambulando en sus crujías y atendido sus salas los fundadores de la moderna medicina mexicana: los Dres. Lucio, Lavirita, Li-

ceaga, Gómez Farías, Valdés, Zarraza Villarreal, etc. Además, el hurgar y el conocer la espléndida documentación que aún se conserva, sirve y servirá a los estudiosos de la historia de la Medicina para conocer un brillante pasado médico.

Antes de terminar no puedo dejar de rendir un homenaje de admiración a la escritora María Elena Sodi de Pallares, quien ha realizado una obra magnífica al escribir su "Historia de una obra pía", y que se refiere precisamente al Hospital de Jesús. Y también al Dr. Benjamín Trillo, quien ha dedicado gran parte de su vida a mantener no sólo la tradición, sino que también a darle un futuro brillante a este importante plantel.

Santiago, 6-IX-60.